



EL  
VUELO  
DEL  
LADRÓN  
DEL  
FUEGO

TERRY DEARY

Título original: *Flight of the Fire Thief*

1.<sup>a</sup> edición: octubre 2010

© Terry Deary, 2006

Publicado por primera vez, en 2006, por  
Macmillan Children's Books, Londres.

© De la traducción: María Teresa Marcos Bermejo, 2010

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2010

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

e-mail: [anayainfantilyjuvenil@anaya.es](mailto:anayainfantilyjuvenil@anaya.es)

Ilustración de cubierta: David Wyatt

ISBN: 978-84-667-9420-6

Depósito legal: M. 33901/2010

Impreso en Anzos, S. L.

La Zarzuela, 6

Polígono industrial Cordel de la Carrera

Fuenlabrada (Madrid)

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la  
Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido  
por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además  
de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para  
quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente,  
en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación,  
interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte  
o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

# UNO

GRECIA — HACE UNOS 4000 AÑOS, APROXIMADAMENTE

*Yo no estuve allí, aunque conocí a alguien que estaba perfectamente enterado de lo que sucedió en aquellos días. Tendrás que confiar en mí si te digo que todo cuanto se cuenta en esta historia es cierto..., más o menos cierto. Vale, mucho de lo que se dice es verdad, pero puede que me haya inventado algunos fragmentos para rellenar lagunas y que todo tenga sentido. Sí, ya verás que cuento un montón de mentiras. Pero de los únicos de los que puedes fiarte en este mundo es de los mentirosos.*

**Z**eus estaba sentado en una nube.  
Esa clase de cosas son las que uno puede hacer cuando se es un dios griego. Pero tú no deberías intentarlo. Necesitarías una escalera larguísima para llegar a las nubes y, en cuanto te apeases de ella, probablemente caerías sin más a través de la nube. Y todo podría acabar en

tragedia, especialmente si hubiera alguien paseando debajo de ti en ese momento.

Solo la gente especial, como mi padre y yo, somos capaces de subir y navegar por encima de las nubes. ¿Que cómo voy a ser capaz de hacerlo? Espera y verás.

¿Dónde estaba? Ah, sí, Zeus en su nube. Llevaba alas y era lo más hermoso que hayas visto jamás; tan hermoso que la gente vulgar (como tú y como yo) ni nos atreveríamos siquiera a mirarlo.<sup>1</sup>

Al lado de Zeus estaba sentada su esposa Hera, y ella no estaba tan hermosa porque fruncía el ceño. Tenía la nariz arrugada como el lomo de una oruga y sus labios parecían tan finos como la pata de una hormiga.

—Me prometiste unas vacaciones —dijo ella con brusquedad.

—Esto son unas vacaciones —sonrió Zeus—. Un resplandeciente mar azul y millas de playa de arena.

—¡La playa está atestada de cadáveres humanos! —chilló ella.

1. «¡Ajá!», excluirás. «¡La semana pasada estaba muerto de hambre y un sándwich de queso me pareció la cosa más hermosa que había visto jamás! Más hermosa que un dios griego». Todo cuanto puedo decir es esto: si sigues gritando de ese modo, me será imposible proseguir con la historia. Así que deja de discutir y escucha.

—Están en guerra, preciosa mía —dijo su marido, encogiéndose de hombros—. Podemos quedarnos sentados y contemplarla, lo mismo que esos humanos contemplan sus pequeñas comedias en el teatro.

Hera hizo un mohín.

—No sabría decirte si me gusta el teatro o no. Tú nunca me llevas.

—Esto es mucho más divertido, es la vida real —razonó él—. Incluso podemos participar.

—Eres demasiado tacaño para llevarme al teatro. Eres tan tacaño que le robarías una mosca muerta a una araña ciega.

—Solo si tuvieras hambre —dijo él entre dientes.

Hera no le oyó. Menos mal.

—La ciudad apesta —dijo ella—. Los humanos apesantan. No sé por qué no les arrojas un rayo y lo quemas todo. Un buen fuego lo dejaría todo bien limpio.

—Ah, fuego —asintió Zeus—. No necesitan mi fuego. Los humanos son perfectamente capaces de hacer fuego ellos solos.

Hera se giró hacia él con una expresión astuta, como la de una arpía.

—¿Y quién les entregó el poder del fuego?

—Lo sé —suspiró Zeus.

Hera dio unas palmaditas a la nube y la ahuecó para ponerse más cómoda.

—Te he hecho una pregunta, Zeus. ¿Quién les entregó el fuego?

—Mi primo Prometeo —dijo Zeus, cerrando los ojos. Deseó no haber sacado el tema.

—¡Sí, tu primo Teo! Le robó el fuego a los dioses y se lo entregó a esos miserables, asquerosos, peleones y apesados humanos.

—No la tomes conmigo. Ya le he castigado... —comenzó a decir Zeus.

—Ah, le castigaste. Lo encadenaste a una roca. Y la Vengadora bajaba a diario en forma de águila y le arrancaba el hígado. ¿Qué clase de castigo es ese? —dijo indignada Hera, y se escucharon ruidos de tormenta procedentes de la nube.

—Cada noche volvía a salirle el hígado, de modo que tuvo que sufrir esa agonía a diario, durante doscientos años... —arguyó Zeus enfadándose cada vez más, mientras la nube sobre la que se sentaba se volvía cada vez más oscura.

—¿Pero qué ocurrió? ¿Eh? ¿Qué ocurrió? —dijo Hera con sarcasmo—. ¡Le dejaste escapar!

—No le dejé escapar exactamente...

—Vale. Dejaste que Heracles lo rescatara. Lo mismo da. ¿Y dónde está Teo ahora? Escondido. Ha viajado a través del tiempo y del espacio y podría estar en cualquier parte. ¡La pobrecita Vengadora tiene las alas hechas polvo de tanto buscarle!

—¿Pobrecita? Es un ave grande rebosante de salud y con el más afilado de los picos a este lado del Monte Olimpo. Es capaz de desgarrar la piel de un rinoceronte con sus garras...

—No discutas conmigo, Zeus. Siempre pierdes —dijo Hera, sacudiendo la cabeza—. Teo entregó el fuego a los humanos y se ha salido con la suya. Solo espero que la Vengadora lo encuentre algún día. ¡Aún sigue buscándolo por ahí!

Zeus se apuntaló sobre un codo.

—Le hice una promesa a Teo, querida. Le di una oportunidad. ¡Le dije que si era capaz de encontrar a un auténtico héroe humano, le perdonaría!

Hera resopló... Luego, su nariz se frunció cuando la peste de la ciudad se le coló por las aletas.

—No lo conseguirá. Jamás encontrará un héroe humano. La Vengadora lo encontrará antes a él.

—Creo que la Vengadora estará un poco ocupada, querida —dijo Zeus, y se asomó por el borde de la nube para

contemplar la ciudad situada junto al mar—. Habrá montones de guerreros ahí que deben ser conducidos ante Hades y al inframundo. Estoy cansado de esta Troya.

—Eres como un bebé. —Hera se rio amargamente—. Te cansas enseguida de tus soldaditos.

—He dicho *Troya*, no *tropa* —gruñó Zeus—. Los griegos llevan diez años intentando tomar la ciudad, ¡eso no es cansarse enseguida! ¡Diez años!

Hera se dio la vuelta y se tendió boca abajo al lado de su marido. Los dioses miraron hacia el suelo.

Dentro de la ciudad, los andrajosos troyanos, delgados y debilitados por la interminable guerra, recorrían fatigosamente las calles. A través de túneles secretos y puertas secretas, habían introducido suficiente comida en la ciudad como para sobrevivir durante diez años. Y siempre dispondrían de los inagotables manantiales de agua dulce. Pero los ánimos de la gente estaban tan desgastados como sus ropas. Ansiaban la libertad. Liberarse de una ciudad que se había convertido en una prisión, liberarse del miedo a que las paredes de su prisión pudieran derrumbarse y a morir bruscamente, degollados o apuñalados.

En la ciudad de Troya no había ratas. Hacía mucho tiempo que se las habían comido todas.

A las afueras de la ciudad, un millar de embarcaciones griegas descansaban y se pudrían en la calurosa orilla. Las tiendas de campaña se mantenían en pie hechas jirones, descoloridas y remendadas, agitándose bajo el cálido viento que soplaba sobre las suaves arenas. Soldados encorvados, sentados sobre las rocas, pulían sus desgastadas armas. Tres mil seiscientas veces habían hecho eso mismo. Echaban de menos su hogar.

—Bueno, ¿qué piensas hacer, esposo? —preguntó Hera.

—Ponerle fin —dijo Zeus.

Hera asintió con la cabeza.

—¿Y te gustaría que te dijera quién va a ganar?

Zeus dejó caer sus hombros.

—Lo vas a hacer de todos modos...

Hera mostró una ligera sonrisa de satisfacción, como la que siente un gato que se apodera del cuenco de leche.

—Los griegos van a entrar en Troya. Van a matar a ese patético príncipe Paris y a su espantosa Helena.

—Ya me imaginaba que dirías eso —murmuró Zeus.

Hera guardaba un gran rencor a Paris y a Helena. Diez años antes, la diosa tomó parte en un concurso de belleza, y Paris era el juez. Hera le ofreció a este poder sobre toda Asia. Atenea, diosa de la guerra, le ofreció victoria allá donde combatiese. Afrodita, diosa del amor, le ofre-

ció como regalo a la mujer más hermosa del mundo. Y todos sabían que se trataba de Helena de Esparta.

Paris escogió a Afrodita como vencedora y se ganó la mano de Helena. Hera escogió enfurruñarse.

—¡Odio a Helena! ¡La odio, la odio, la odio! —gritó.

—¿Así que no te gusta? —sonrió Zeus.

—No soy capaz de decirte lo mucho que la detesto —chilló ella, y la nube se estremeció descargando una tormenta de gotas de lluvia sobre las polvorientas cabezas de los troyanos que había debajo—. No es la mujer más hermosa del mundo, tiene el pelo demasiado tieso, la nariz demasiado chata y, en cuanto a sus orejas..., bueno, ¿qué puedo decir sobre una mujer con esas orejas?

—Y, además, está casada con Menelao —añadió Zeus, echando leña a la rabia de su mujer.

—¡Aaaah!, ¡sí! Una mujer infiel. Casada con el pobre rey Menelao y va y se larga a Troya con Paris. —Hera retrajo los labios haciendo un exagerado gesto de desprecio—. ¡Su chico troyano! —dijo, y pareció complacida por su pequeña broma—. <sup>2</sup> Y fíjate en los problemas que

2. (N.T.) La expresión *Her Troy boy!* encierra un juego de palabras basado en la pronunciación similar de *Troy* y *boy*. Además, también se juega con la confusión entre *Troy* y *toy* ('juguete').

ha causado —añadió, abarcando con un amplio movimiento de su mano la escena de abajo—. Mil embarcaciones y cinco mil soldados enviados para rescatarla y llevársela de nuevo a Grecia. ¿Yo? Habría dejado que se pudiese en Troya. Y tal y como huele la ciudad, yo diría que ya se está pudriendo.

Zeus olfateó e hizo un gesto afirmativo.

Hera se volvió rápidamente hacia Zeus.

—¿Y bien? ¿De qué parte te vas a poner? Si dejas que venza Troya, haré que desees vivir en el Hades con todos los tormentos que sufren allí los humanos tras su muerte.

Zeus levantó sus poderosas manos.

—Ah, no te preocupes, mujer. Troya perderá porque una antigua maldición dice que Paris traerá la destrucción a la ciudad. No podemos ir en contra de una antigua maldición —dijo Zeus.

—La antigua maldición dice también que el héroe griego Aquiles morirá en Troya. —Señaló con un dedo las tiendas de campaña griegas en las llanuras de Troya—. Aún sigue vivo.<sup>3</sup>

3. Hera y Zeus podían ver caminando a Aquiles alrededor del campamento porque tenían una vista increíble. Si pudieses volar como yo, verías a la gente como hormigas, pero los dioses tenían ojos como telescopios (¿binoculares?). Increíble, pero cierto.

Zeus se frotó los ojos, cansado.

—Sí, hay mucho que hacer. No sé por dónde empezar.

—Manda llamar a la Vengadora —le dijo Hera—. Te vendrá bien tenerla cerca cuando Aquiles y Paris resulten muertos. La Vengadora puede llevarlos directamente al Hades.

Zeus asintió con la cabeza, se llevó los dedos a los labios y soltó un silbido que sacudió los muros de Troya. También consiguió que a Hera le zumbasen los oídos.

—¿Tenías que hacerlo?

—Tengo que hacer venir a Hermes, nuestro mensajero.

—De acuerdo. Luego tendrás que arreglártelas para que muera Aquiles..., y luego deberás asegurarte de que los griegos tomen Troya y maten a Paris.

Zeus asintió despacio.

—Sí, eso es lo que tengo que hacer —admitió.

Hera hinchó sus carrillos y sopló con arrogancia, lo cual provocó una tormenta de arena en la playa. De nuevo dejó las tiendas llenas de jirones.

—¡Buf! Sinceramente, no sé lo que harías sin mí, Zeus —dijo.

—Me gustaría tener ocasión de averiguarlo —murmuró él para sus adentros.

—¿Qué has dicho?

—¡He dicho, querida, que me parece que has apagado algunos fuegos!<sup>4</sup>

—¿Fuegos? ¿Qué estás tramando, Zeus?

—Nada, querida —dijo el gran dios, girándose luego al escuchar un batir de alas. Un joven aterrizó sobre la nube. Llevaba una cartera en su cintura. Sostenía una vara de madera con serpientes enroscadas a su alrededor. Tenía alas en las sandalias y alas en el casco, y en su rostro un gesto de niño malcriado—. Ah, aquí está Hermes —dijo Zeus.

—¿Qué quieres esta vez, apestoso padrastro? —suspiró Hermes.

Zeus inspiró hondo y trató de no perder los estribos. No resultaba fácil.

—Quiero que busques a la Vengadora y la traigas aquí.

Hermes arrojó al suelo su vara, y las serpientes, sorprendidas, sisearon.

—¡Aaah! ¿Quieres que busque a la Vengadora! ¿Así sin más? ¿No me digas, así sin más?

Zeus descargó un puñetazo en la nube, enfadado... Aunque dar puñetazos a las nubes no te beneficia gran

4. (N.T.) Nuevo juego de palabras entre *find out* ('averiguar') y [*to blow some*] *fires out* ('apagar').

cosa. Se puso a hablar de inmediato con un tono de voz grave y airado.

—Hermes, eres el mensajero de los dioses y tu trabajo consiste en llevar mensajes. De modo que ¿serías tan amable de dejar de quejarte y dedicarte a hacer aquello para lo que se te paga?

Hermes pestañeó.

—¿Pagar? ¿Cuándo me has pagado a mí? No paro de correr sobre mis pies alados, de la mañana a la noche y de la noche a la mañana. Y no solo no recibo pago alguno, sino que ni siquiera me dan las gracias. ¡Todo cuanto consigo es que me griten! —Tiró del dobladillo de su túnica y se sonó la nariz con ella.

—Acabas de hacer llorar a Hermes —se quejó Hera—. Di lo siento, Zeus.

—Lo siento, Zeus —gruñó el dios, y se giró de nuevo hacia el mensajero que lloriqueaba—. Hermes. Por favor, hazme este pequeño favor y te estaré tan agradecido que no volveré a gritarte jamás.

—¿Prometido? —preguntó Hermes, sorbiendo con la nariz.

—Prometido —aseguró Zeus—. El águila Vengadora está viajando a través del tiempo buscando al primo Teo, y la última vez que los vieron fue en un lugar co-

nocido como Ciudad Edén, en una época a la que ellos llaman 1858.

—¿Tiempo? ¿Que tengo que viajar en el tiempo? —chilló Hermes.

—Te estaremos tan, tan agradecidos —le dijo Hera—. Celebraremos una fiesta especial en tu honor en cuanto regreses.

El rostro de Hermes se iluminó.

—¿Una fiesta? ¿Con magdalenas?

—Sí, querido —dijo Hera. Recogió la vara siseante y se la entregó—. Ahora, viaja a través del tiempo. Dile a la Vengadora que estamos en Troya.

Cuando las alas de Hermes comenzaron a batir, produciendo un zumbido como de abeja, Zeus se despidió de él agitando la mano.

—¡Pásatelo bien!

Hera se frotó las manos.

—Problema resuelto. Ahora..., ¿cómo vas a matar a Aquiles? —preguntó.

Zeus sonrió satisfecho.

—Tengo un plan mejor que fantástico, querida mía. Un plan brillante, obra de un genio, aunque esté mal que yo lo diga.

—¡Humm! —dijo Hera—. Ya veremos.

En algún lugar, algo más allá de la estrella más lejana,  
el semidiós griego Prometeo iba a la deriva con sus blancas alas.

¡Qué solitario era aquello! Iba camino de casa.